

1997-04

De la realidad pasada a la esperanza futura

Marván-Laborde, María

Marván-Laborde, M. (1997) "De la realidad pasada a la esperanza futura". En Renglonos, revista del ITESO, núm.37. Tlaquepaque, Jalisco: ITESO.

Enlace directo al documento: <http://hdl.handle.net/11117/1350>

Este documento obtenido del Repositorio Institucional del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente se pone a disposición general bajo los términos y condiciones de la siguiente licencia:
<http://quijote.biblio.iteso.mx/licencias/CC-BY-NC-ND-2.5-MX.pdf>

(El documento empieza en la siguiente página)

*De la realidad pasada a la esperanza futura**

María Marván Laborde**

◆

La muy pertinente exposición de mi colega Alberto Aziz se centró en los principales puntos que definen e intervienen en la coyuntura de las elecciones del próximo 6 de julio.

Uno de sus planteamientos centrales es la necesidad de acostumbrarnos al juego de la democracia, que supone la incertidumbre y la posibilidad de perder. Pero la incertidumbre debe estar reglamentada para que pueda darse dentro de ciertos márgenes previamente aceptados por todos. Si bien el triunfador no está definido de antemano, con cualquier triunfador debe haber garantías para la estabilidad política, económica y social.

Con cierto dejo de escándalo, hace unos días la prensa local remarcaba las cicatrices causadas por los procesos de selección de candidatos en los diferentes partidos. De alguna manera tenemos que acostumbrarnos a estos procesos; la democracia es el riesgo de perder. Es humano que a nadie le guste perder, pero cuando se pierde en un proceso en el que hubo un absoluto respeto a las reglas aceptadas previamente por todos los participantes, no hay más remedio que aceptar los resultados. Es importante tomar en cuenta que la democracia es el único régimen que les asegura a los perdedores la sobrevivencia y les garantiza el derecho a voz y a voto. Éste es un elemento esencial que estimula la participación y garantiza la estabilidad. No hay ganadores absolutos ni perdedores eternos.

Cuando Alberto Aziz nos recuerda el escenario político de 1994 y nos refiere al desarrollo de los últimos 27 meses, estamos obligados a ver, con responsabilidad, sin amarillismo, una crisis de confianza en nuestras instituciones, en la presidencia, en los partidos políticos, pero sobre todo una crisis de proyecto del país que queremos para los próximos tres años, los próximos diez años y los próximos 30 años.

Tenemos la increíble oportunidad histórica de crear el régimen político del futuro. No lo podemos hacer con miedo sino con energía, con confianza en nosotros mismos, dispuestos a tolerar, escuchar y respetar al otro. Consagrar la democracia es nuestra tarea. No podemos decirles el día de mañana a nuestros hijos que tuvimos la oportunidad y por pánico la desperdiciamos.

Ante la angustia que genera la posibilidad de que el PRI pierda la mayoría en el Congreso, y para continuar con la reflexión de Alberto Aziz, se debe reconocer que lo que ha agravado la crisis económica, política y social ha sido la resistencia al cambio y no la aceptación de nuevas reglas e instituciones que normen un nuevo juego político.

El problema de fondo es de credibilidad: hay en los mexicanos una desesperanza tal que nos ha paralizado. No nos hemos reconocido capaces de crear nuestro nuevo futuro. Nadie cree en las reglas actualmente vigentes y por tanto nadie está dispuesto a obedecerlas. No tenemos una autoridad que sancione a los infractores. La impunidad que existe y se reproduce en todos los ámbitos de la vida nacional ha resquebrajado no sólo la ley sino también la aceptación de la misma como válida.

Ante la inseguridad que han provocado la falta de obediencia a las normas y la ausencia de sanciones para los infractores, hay voces que reclaman mano dura y represión. Cada vez es más común escuchar que ésta es la única salida para que el país se salve de la anarquía. Hemos permitido que el ejército se ocupe, cada vez más, de tareas que deberían estar

* Comentario a la ponencia "Imaginemos un Congreso de oposición", de Alberto Aziz Nassif.

** Coordinadora de la Maestría en Ciencias Sociales de la Universidad de Guadalajara.

en manos de los civiles. El ejército está en la calle buscando la manera de controlar a los civiles, cuando en cualquier democracia debería ser exactamente al revés: debería existir un control civil de las autoridades.

El reclamo actual de la ciudadanía en México es muy claro: el respeto a espacios democráticos. Cuando se pide democracia y se responde con autoritarismo lo que aumenta es el número de reprimidos, no el número de ciudadanos dispuestos a obedecer. Aumenta el miedo, no la seguridad. Si ante la falta de seguridad optamos por el endurecimiento, lejos de fortalecernos nos debilitaríamos profundamente como nación, ya que estaríamos cerrando espacios que con muchos trabajos conquistó la sociedad. Si aceptamos el endurecimiento romperíamos la posibilidad de construcción de un proyecto nuevo de país.

Nada sería más grave que debilitar al régimen político que apenas estamos construyendo. Para ilustrar las consecuencias de este debilitamiento me gustaría retomar uno de los puntos que Alberto Aziz menciona: la relación con Estados Unidos, que nunca había sido más complicada. La política entreguista surge de la debilidad que hoy tiene el régimen, de la que es consciente lo acepte o no. La única forma de fortalecer este régimen es con el apoyo de todos los ciudadanos. Por esto es indispensable crear un proyecto de gobierno en el que quepamos todos. Hoy los mexicanos nos necesitamos a nosotros mismos para fortalecernos. Desde mi punto de vista, el único proyecto incluyente viable es el democrático: la consagración del pluralismo, el compromiso de todos para caminar juntos. Ello no significa el aniquilamiento del PRI como fuerza política sino su extinción como partido de Estado y su sostenimiento al convertirse en un partido más. El día en que el PRI sea capaz de entender esto dejará de sentirse amenazado, pero estará obligado a saber que es uno más entre varios partidos con quienes compite en igualdad de circunstancias.

Por primera vez desde 1934 nos encontramos en un proceso de debilitamiento y desinstitucionalización del presidencialismo. Sin embargo, el proceso de transición truncado ha impedido que este debilitamiento se convierta en el fortalecimiento del poder legislativo o del poder judicial. Es decir, hay un sistema político caduco y aún no existe el proyecto del que debería reemplazarlo.

Es de vital importancia en estos momentos recordar que la democracia nació históricamente con el objetivo expreso de dividir el poder, ¿por qué entonces nos asusta tanto que esté dividido? En México ya existen los gobiernos divididos: siete gobernadores

gobiernan con un Congreso de oposición, es decir, 20% de los gobernadores tienen que negociar sus decisiones con sus respectivos congresos. En todos los casos la experiencia ha sido positiva hasta hoy: en ninguno se han presentado crisis que justifiquen hablar de ingobernabilidad, o revueltas que hayan hecho dimitir al Congreso o forzado al gobernador a pedir licencia. En suma, en todos los casos se ha ganado mucho más de lo que se ha perdido.

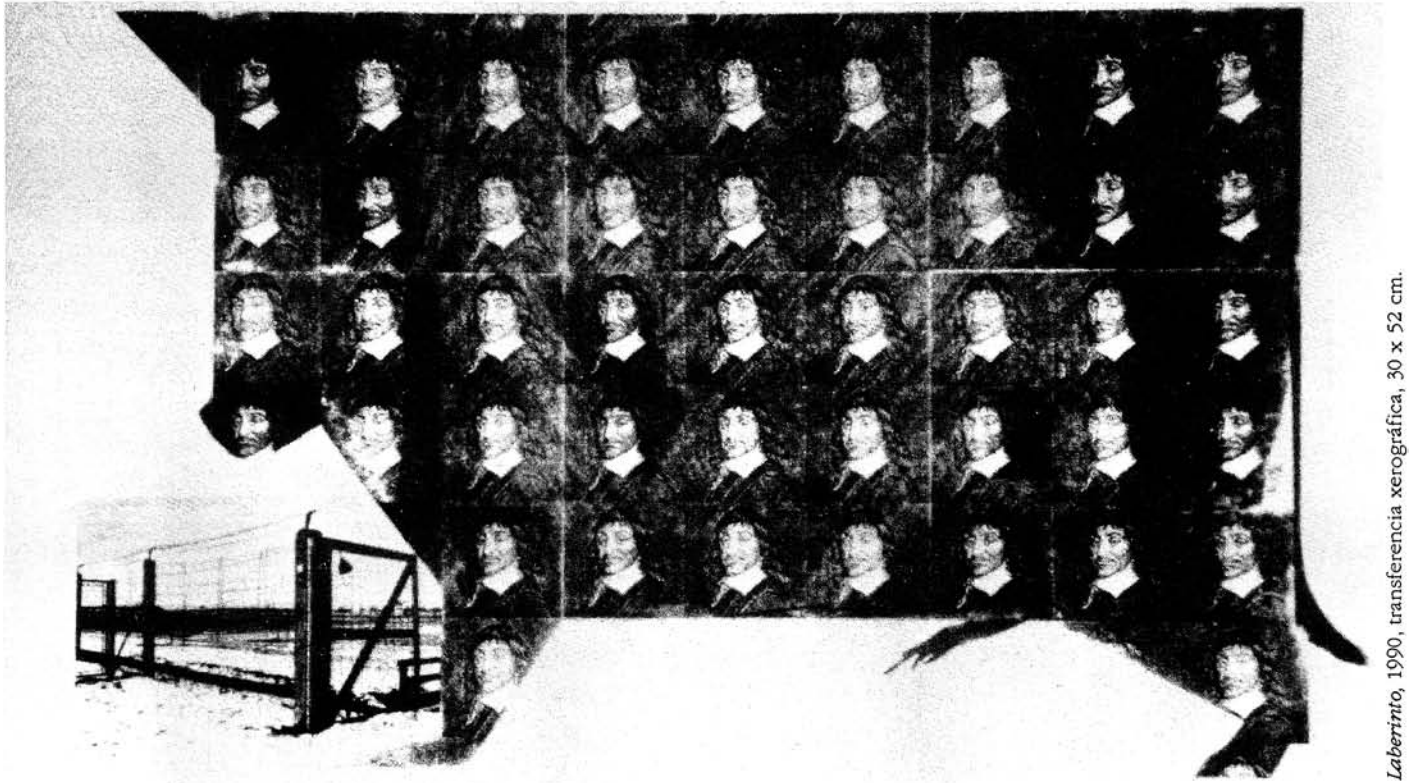
Dividir el poder es uno de los primeros requisitos de la democracia; casi me atrevería a asegurar que sólo con un sistema real de contrapeso y balanzas se puede crear una autoridad responsable, y la responsabilidad es la segunda característica de la democracia. Es apremiante crear un sistema, hasta ahora desconocido en el país, en el que toda autoridad esté obligada a rendir cuentas; en el que ninguna autoridad pueda gobernar sola.

En México, a lo largo de los últimos 20 años, hemos confiado a las reformas electorales la transformación de nuestro sistema político. Por la tradición de falta de respeto al voto, nos hemos concentrado en garantizar elecciones limpias, cuestión tan importante que hoy tenemos una realidad política esencialmente diferente, que nos permite plantearnos metas y objetivos antes impensables. No obstante, hoy debemos preocuparnos por generar condiciones de estabilidad del nuevo régimen político. Esas condiciones suponen la división de poderes y la creación de mecanismos que garanticen que los ciudadanos puedan demandar responsabilidad a las autoridades políticas, elegidas o nombradas.

En un sistema democrático, todo gobernante debe asumir la responsabilidad de sus acciones. Dada la situación política actual, la estabilidad del sistema supone la creación de mecanismos para poder demandar, de manera clara y precisa, esa responsabilidad; paradójicamente, la única posibilidad de estabilidad está en el cambio. Las elecciones de 1994 ya nos demostraron que el miedo y la angustia por conservar lo que teníamos nos hicieron perder lo que quedaba.

México está urgido de políticos responsables, reglas claras y relaciones democráticas. Las tres fuerzas políticas, pero sobre todo el PAN y el PRD, tienen la obligación moral de ofrecer a los ciudadanos un compromiso de cooperación y una renuncia a la polarización ideológica y política del país. Dadas las circunstancias políticas en las que nos encontramos, ellos son los únicos que pueden retomar la conducción del proceso de transición a la democracia y completarlo.

Hoy me cuesta trabajo hablar de una transición que ya no tiene quién la conduzca. Cuando pensa-



Laberinto, 1990, transferencia xerográfica, 30 x 52 cm.

mos en los casos más típicos de transición, es fácil pensar en un líder responsable de llevar a buen término un proceso que goza de legitimidad entre todos los actores políticos. En el caso de Chile podemos pensar en Patricio Aylwin, en el de España en Adolfo Suárez. En México tanto Salinas como Zedillo tuvieron la posibilidad de dirigirla y renunciaron a ella: por encima del interés nacional decidieron asumir la posición de defensores de los intereses de su partido y del viejo régimen, en el que la sociedad, cada vez más moderna, ya no cabe.

Para concluir me gustaría hacer un ejercicio de imaginación en sentido contrario al que nos propuso Alberto Aziz. Yo les propongo que imaginemos un congreso incapaz de oponerse a un presidente que un día amanece rabioso como perro y decide, él solo, nacionalizar la banca. Imaginemos a otro presidente que personalmente tiene fe ciega en las leyes del libre mercado, y aunque pertenece al mismo partido que el anterior, decide vender esa banca nacionalizada al precio que a él se le ocurre fijar. De acuerdo a esa ley de oferta y demanda en la que tiene fe ciega, se da cuenta de que tiene muchos compradores y pocos productos y puede subir irresponsablemente el precio de cada uno de los bancos sin que haya alguien capaz de frenar su ambición. No piensa en las consecuencias desastrosas del sobreprecio para el futuro financiero del país, no hay nadie que pueda detenerlo, no está obligado a escuchar a nadie antes

de tomar sus decisiones. Imaginemos a un tercer presidente que decide una política económica que quiebra a la banca y se ve obligado a entregarla a grupos financieros extranjeros sin que ningún ciudadano o partido político pueda decir o hacer absolutamente nada. La memoria es tan dolorosa que nos vemos obligados a suspender aquí los ejercicios de la imaginación. En realidad poco miedo deberíamos tener a un presidente que gobierne con un congreso de oposición: es el futuro sin contrapesos lo que debería darnos escalofrío.

La creación de un nuevo sistema político, de un nuevo régimen, debe consistir en la invención de una estructura política en la que exista una verdadera división de poderes y la alternancia garantice la movilidad de las élites. No se trata de, con una simplista visión maniquea, sustituir a los malos por los buenos. Nuestro compromiso debe ser que nunca más pueda ningún partido, por él mismo, gobernar al país él solo. Los ciudadanos debemos tener los medios para exigir responsabilidad. La oposición deberá acotar el poder presidencial. Hoy día la fuerza del nuevo régimen sólo podrá consolidarse si todos, absolutamente todos, cabemos en el nuevo pacto político nacional.

Difundir la confianza en el cambio parece mucho más sencillo que convencernos de la conveniencia de mantener esta situación de desesperanza en la que estamos inmersos. ♦